



AMAUTA

29

LIMA

FEBRERO - MARZO

1930

LA REALIDAD SOCIAL DE AMÉRICA LATINA, por Eudocio Rabines.

"Las antiguas industrias nacionales ceden el campo a las industrias nuevas—cuya adopción es cuestión de vida o muerte para todos los países civilizados—a industrias que elaboran no solamente las materias primas indígenas sino las que se acarrean de las regiones más apartadas y que fabrican no ya tan solo para el consumo indígena sino para el mundo entero. Las necesidades de otro tiempo, a las que bastaban los productos nacionales, ceden el campo a necesidades nuevas, cuya satisfacción requiere los productos de los climas y de las regiones más lejanas. Las antiguas barreras tras las que se abrigaba la paz beata y solitaria de las existencias locales y nacionales se derrumban ante la infinita complejidad del intercambio que crea entre las naciones una solidaridad estrecha y múltiple. Producción material, producción intelectual, todo es uno. Las obras del espíritu que produce cada nación se convierten en el bien común de todas".

Marx y Engels.



El panorama que nos ofrece la realidad de América Latina presenta características específicas que lo diferencian del panorama europeo, asiático o africano. Fenómenos similares, al producirse en uno u otro sector, alcanzan valoraciones diferentes. Formas de producción, relaciones sociales, antagonismos de clase, predominan de maneras que no son las mismas. Estructuras, categorías y etapas definitivamente liquidadas en Europa y América del Norte, condicionan aún y determinan múltiples aspectos del devenir social latinoamericano. Factores y modalidades vigentes en la vida de las colectividades asiáticas o africanas, o se hallan a veces ausentes o alcanzan grados distintos de preponderancia e intensidad.

La esclavitud, el feudalismo y la servidumbre son relaciones sociales canceladas en Yanquilandia y en el Viejo Mundo. La produc-

ción artesanal, la manufactura, no juegan un rol de importancia en su mercado interno. Sus ciudades, monstruosamente pobladas, se hallan en constante y rápida intercomunicación. Las clases sociales, los antagonismos de clase y sus múltiples expresiones, marcan definitivamente sus fronteras. Y sus gigantescas usinas urbanas continúan arrancando una parte cada vez más importante de la población a la estupidez de la vida rural, forjando un proletariado cuya cifra se cuenta por millones.

En América Latina, el feudalismo y la servidumbre son todavía, en gran parte, viva y operante realidad. Apenas si algunos Estados tratan de afianzar una Nación. Sus ciudades y centros productivos, situados a grandes distancias unos de otros, se hallan en muchos casos separados entre sí por obstáculos que el hombre no ha llegado aún a franquear con la velocidad moderna. La vida social y política de los diversos países es rudamente conmovida por los profundos antagonismos intestinos engendrados por la coexistencia de sociedades incompatibles: feudalismo y burguesía, comunidad primitiva y oligarquía financiera, proletariado y servidumbre. Su centro de gravedad oscila trastornando las abigarradas capas sociales de las épocas pasadas, conmoviendo las clases y cambiando sus mútuas relaciones. Las formas y la calidad de su producción—fundamentalmente agrícola y minera—impiden la rápida ruptura de la estagnación de la vida rural y engendran un proletariado sobre cuya gran mayoría pesa la contradicción capitalista del antagonismo entre la ciudad y el campo, la interpolación del capitalismo por el feudalismo.

Aquí el campesino trabaja y produce en calidad de siervo, la manufactura y el artesanado luchan contra la coerción del feudo, contra la absorción del comerciante. Los comuneros se defienden encarnizadamente contra la centralización de la tierra e insurgen contra la opresión del latifundista. En las intermediaciones del latifundio feudal se extienden la plantación, la mina, el ingenio capitalistas. Y en las ciudades casi aldeanas imperan la usina racionalizada, el Banco y el Konzern contemporáneos. El capitalismo predomina y dirige la marcha, pero la etapa pre-capitalista subsiste aún en la economía y en las relaciones sociales.

Europa y América del Norte han atravesado estadios que podemos discernir definidos y marcados: a la etapa feudal sucede una etapa mercantil y a ésta una etapa capitalista. Después de la Glorious y la Great Revolutions en Inglaterra, después de la Revolución Francesa, después de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, el feudalismo fué vencido y destruído por la burguesía revolucionaria que conquistó por la fuerza el derecho a dirigir la sociedad capitalista.

América Latina ha pasado por un gran movimiento revolucionario: la Independencia, que no significó, de ninguna manera, una revolución demo-liberal ejecutada por la burguesía. Ha atravesado una serie de luchas feudales y feudalo-mercantiles, que no han significado la abolición del feudalismo y la hegemonía de la clase burguesa. El capitalismo sorprende a Latino-América en la etapa en que el feudalismo engendraba su negación, pero no surge levantado por una burguesía nativa—como en Europa o América del Norte—sino que llega importado, en plena madurez, en plena etapa final, convertido en imperalismo y en capital financiero.

América Latina está viviendo aceleradamente y en conjunto, las

etapas que el mundo occidental ha tramontado y la que aún está tramontando.

Al enfocar el panorama continental constatamos además que está lejos de ofrecernos un conjunto unánime y uniforme. El panorama boliviano difiere distintamente del que discernimos a las orillas del Plata: aquí el capitalismo, el maquinismo, han aniquilado formas, contradicciones, relaciones, que aún predominan en el altiplano. Las condiciones y la situación de las Antillas no son cabalmente idénticas a las que se desarrollan en el Brasil o en Chile. En la realidad peruana descubrimos factores y modalidades que no existen, o cuya acción es diversa, en la vida del Uruguay. Y hasta en las diversas regiones de un mismo país se comprueba, de manera objetiva, esta diferencia de ritmo, este telescopamiento de estadios antitéticos. No precisa demasiada prespicacia para alcanzar a distinguir las discrepancias que existen entre el panorama social de Jujuy y el de Buenos Aires, entre el de Sao Paulo y el de las riberas amazónicas o entre el de la costa y la sierra del Perú.

Algunos de los aspectos de estas diferencias—bien que con una tendencia filosófica genuinamente idealista—han sido constatados por los más calificados corifeos del pensamiento liberal burgués: "Nosotros brasileros civilizados de la costa—dice Euclides da Cunha—hemos importado de Europa las mejores leyes de las civilizaciones más avanzadas y hemos pretendido aplicarlas a todo nuestro país, sin pensar que si entre los europeos y nosotros no hay sino la profundidad del océano, entre nosotros y las gentes del interior hay tres siglos de distancia". Y Francisco García Calderón, considerando la democracia burguesa como la Idea total, sólida y armoniosa, y el sistema capitalista como la meta suprema de la Historia, disculpa el rezago de Latinoamérica respecto a Europa, mediante razonamientos fabricados con un simplismo piadoso y patriarcal: "como la densidad social es débil, como el alma nacional no está formada, como las instituciones son fórmulas más que realidades, se puede decir que la inestabilidad domina, que las ideas y las cosas no forman aún un todo sólido y armonioso. Son pueblos en estado de crecimiento, jóvenes, inquietos progresivos. Es preciso juzgarlos en su marcha, en su elán". (1)

La invasión del Occidente en América se realizó en la misma época y un poco más tardíamente en realidad, en la América del Norte. América es un continente que, para Europa, tiene la misma edad: nació el mismo día. Sin embargo, los Estados Unidos llegan a formar "ese todo sólido y armonioso" y los países latinoamericanos se quedan "en estado de crecimiento, jóvenes, inquietos, progresivos".

Pretendiendo resolver esta oposición, el sociólogo peruano se engolfa en los círculos viciosos de su idealismo pacato, disfrazado tras un fraseario vacío: "El idealismo, la vida interior, la exaltación imaginativa, crean en Inglaterra puritanos y en España místicos e inquisidores. Pero, en la conquista del medio hostil el sajón adquiere un sentido realista y el ibero, bajo el sol amoroso, se transforma, en España como en América, en cazador de quimeras" (1). El medio fué tan hostil al hidalgo, en Venezuela, Chile, Brasil y el Río de la Plata, como en América del Norte al pilgrim father. La energía, el valor que aquellos des-

(1)—F. García Calderón: "Les Démocraties Latines de l'Amérique" pág. 17.

plegaron fué igual o superior al de éstos. Y las riquezas que los españoles cazaron en México y en el Perú, la explotación de los indígenas en las minas, las encomiendas, las reparticiones, las empresas que prosperaron en las otras colonias, nada tuvieron de quiméricas ni de ilusorias: fueron realidades prácticas, utilitarias y tangibles.

Los factores determinantes no residen en la edad de los pueblos, ni en el sol amoroso, ni en la raza, ni menos aún en la vida interior o en la exaltación imaginativa: todos ellos están reciamente determinados por factores materiales, de índole y procedencia económica; mientras el hidalgo procede de una matriz feudal y aporta con él el contingente de una sociedad que decae, el pilgrim father sale de una entraña burguesa y aporta los elementos de una técnica que lleva en sí los gérmenes y los moldes del capitalismo, de la edad que surgía entonces, destruyendo y aniquilando la realidad que lo engendrara.

Lo que para estas exégesis burguesas, explícitamente teleológicas, es cuestión de siglos, de edades, de mesianismos en generaciones nuevas y viejas, para la interpretación del materialismo histórico no constituye sino el conjunto de expresiones de una realidad económica, las complejas manifestaciones de un problema de atraso técnico, de supervivencia de economías rezagadas que agonizan aún, vencidas por el capitalismo, pero que no han sido todavía totalmente aniquiladas.

Todas las interpretaciones burguesas y pequeño-burguesas—inclusive las que ensayan formular los sedicentes sectores revolucionarios—deteniéndose en la constatación de las diferencias antes enunciadas, tratan de reducir la amplitud del problema a cuestiones de jurisprudencia, de clima, de raza, de biología, de sicoanálisis, o pretenden presentar la América Latina como un mundo nuevo, distinto, con su sociedad peculiar, cuyo devenir escapa a las leyes sociológicas que rigen la vida de otros pueblos. Unas y otras permanecen como el hombre de Vico, encadenadas a la superficie de las cosas. Todas ellas, a pesar del barniz científico con que tratan de encubrir sus razonamientos, llevan impreso el sello de un idealismo pacato, el tatuaje de un estrecho criterio antropomórfico y animista de la sociedad, o el de un empírico simplismo de turista.

Sería inventar la realidad y nó descubrirla, pretender una interpretación sociológica sin tomar en cuenta las diferencias específicas que caracterizan las diferentes regiones, estadios y capas sociales. Pero, es crasamente absurdo, incompleto y falso, querer detenerse solamente—como pretenden los teorizantes pequeño-burgueses—en la constatación de las discrepancias que existen entre los panoramas de Europa o América del Norte y el de América Latina. Al analizar científicamente una realidad social cualquiera precisa justipreciar severamente las diferencias panorámicas que la distinguen, sin menospreciar, ni subestimar, por ésto, los factores, las condiciones, las analogías, que consubstancian su devenir. Se constata, por ejemplo, que el panorama social de Rumanía es distinto del de Francia, que la Europa Central difiere de Inglaterra, que el Oeste o el Sur de los Estados Unidos no son idénticos al Norte, que la Auvernia es distinta de la región parisién, o la Calabria de Milán. No obstante, obtenemos la conclusión científica de que Europa y los Estados Unidos atraviesan una etapa francamente capitalista. Es decir que al llevar a cabo la interpretación científica de la realidad latinoamericana es imprescindible tomar en consideración sus ras-

gos peculiares y distintivos, sin desestimar las analogías objetivas que consubstancian el devenir de todos y cada uno de los pueblos de Indoamérica con el de no importa cuál otro país o continente.

América Latina no forma un mundo aparte, extraño a las conmociones mundiales, dominado tan solo por sus propias contradicciones interiores. Al contrario, los factores que predominan en su sociedad, en el desenvolvimiento de su economía y de su historia, son los mismos que rigen el resto del mundo capitalista: la lucha de clases, la plusvalía, el monopolio, el capital financiero, el crédito, la finanza y el intercambio mundiales.

La historia de América Latina, en efecto,—como la de Europa, Asia, Africa o Yanquilandia—es la historia de sus luchas de clase: los tlascaltecas contra los aztecas, los quitos y los caxamalcas contra los quichuas. Tupac Amaru, los comuneros de Socorro, los negros de Coro, las llaneros de Boves y de Páez y los gauchos de Güemes, contra los encomenderos, los repartidores y los azogueros. Los agricultores, ganaderos, mercaderes y contrabandistas de la colonia, contra los monopolistas privilegiados y contra la dominación española. Más tarde, las encarnizadas luchas motivadas por las contradicciones feudales o por la insurgencia de las capas burguesas contra la dominación hegemónica de los gamonales. Y, contemporáneamente, los comuneros contra el latifundio, los artesanos y comerciantes contra el feudo, el proletariado contra el capitalismo y contra el feudalismo, las clases oprimidas contra la dominación de las oligarquías financieras e imperialistas.

La sociedad latino-americana descansa, como la europea o la yanqui, sobre el régimen de la propiedad privada, sobre "la dolorosa, la espantable expropiación del pueblo trabajador", sobre la expropiación del trabajo humano, sobre el lucro y el valor venal elevado a su tercera potencia. La base y los fundamentos de su economía no corresponden precisamente a una economía natural sino a una economía capitalista. Los productos que alimentan y sostienen el desenvolvimiento de esta economía, en el mercado externo y en una gran parte del mercado interno, no son los del feudo, ni los de la comunidad primitiva aún vigente. Son los de las plantaciones, de las minas, de las estancias y los ingenios capitalistas: petróleo y carnes, minerales y azúcar, cereales y cueros, café, salitre y algodón... Actualmente, el maquinismo se impone en forma cada vez más intensa, más compulsiva, más acelerada. Las antiguas formas son aniquiladas y su ruina se prosigue implacablemente. Sus clases sociales sufren una de las más violentas conmociones de todos los tiempos. La expropiación de los productores, la proletarización del antiguo siervo, del comunero de ayer, el acaparamiento de los instrumentos de producción se realiza aquí con mayor violencia, con mayor cinismo que en los países más avanzados. La plusvalía es la savia de la economía latinomericana, la producción y el comercio de mercaderías su motor, la explotación del trabajo humano su medio, la centralización y el monopolio su derrotero. La marcha es, en efecto, confusa y accidentada, pero el camino es seguramente capitalista.

La concepción, muy en boga entre las gentes de la pequeña burguesía, de una América Latina aislada entre el Bravo y el Magallanes, realizando sólo sus propios destinos sociales, es una puerilidad absurda. En esta época de economía, finanzas y relaciones internacionales,

en que todos los problemas se tornan cosmopolitas, en que el capitalismo se expande incoerciblemente, conquistando y modelando mercados concordes con sus necesidades y con su sistema, en que la velocidad intensifica el comercio mundial y acerca los intereses y las aspiraciones de las clases, es inconceptible, es utópicamente reaccionario, sostener este nuevo monroísmo.—Presentemente, es imposible explicar la vida europea, olvidando o subestimando a los Estados Unidos: del mismo modo es imposible pretender una explicación científica de los acontecimientos posteriores al descubrimiento, acaecidos en el Nuevo Mundo, sin tomar constantemente en cuenta la realidad y el dinamismo europeos. Ninguna exégesis podrá ser rigurosamente exacta, si pretende desligar la historia de Europa de nuestra propia historia.

En la hora actual tiene mayor importancia para América Latina el resultado de las disputas entre Mr. Bedford y Sir Henry Deterding, que las peleas entre dos caudillos criollos—Ortiz Rubio y Vasconcelos, Irigoyen y Lencinas o Valencia, Vásquez Cobo y Olaya Herrera.—El número de tazas de café que tomen los europeos y norteamericanos produce consecuencias más hondas en la vida social y política del Brasil, Colombia, Centro-América, que todas sus crisis ministeriales. Y la ficha del cobre en el tablero bursátil de Nueva York encierra mayores consecuencias que los decretos que en Chile o en el Perú convoquen a elecciones para renovar las Cámaras. Por otra parte, sería de una estolidez paradisiaca desconocer que la conmoción que atraviesan ahora nuestros países ha sido sustantivamente determinada por la guerra del 14, en la que algunos Estados latinoamericanos no tuvieron sino una lírica participación bélica: hay pues un dinamismo ecuménico—más vigoroso que todas las veleidades subjetivas de los prosélitos de Robinson Crusoe—que vincula los destinos de América Latina a los destinos mundiales.

Los factores que consubstancian la realidad latinoamericana con la de Europa, Asia, Yanquilandia... están determinados por un mismo sistema de producción, por el antagonismo histórico de la lucha de clases, por un dinamismo que se mueve bajo el signo ecuménico del capital financiero. Dentro de las contingencias del capitalismo está la abolición de múltiples factores episódicos y precarios: el atraso técnico, la supervivencia de algunas formas pre-capitalistas, las modalidades rezagadas de la economía, pero, en América Latina como en el resto del mundo, le es imposible cancelar su propio sistema de producción basado en la plusvalía, impedir el monopolio y la centralización de la riqueza en manos de una oligarquía o suprimir la lucha de clases. Al contrario, el desarrollo del capitalismo contribuye a agudizar y a definir mejor todas estas profundas contradicciones.

Los rasgos fundamentales que caracterizan y diferencian el panorama contemporáneo de América Latina, no son ni los tres siglos de distancia que puedan separar las gentes de la costa de las gentes del interior, ni la juventud inquieta de nuestros pueblos, ni ese complejo colectivo de inferioridad, tan jubilosamente pregonado por la mediocre plana intelectual de la pequeña burguesía. El rasgo característico que se destaca en primer plano es la situación semi-colonial de América Latina: la independencia de estos países—a pesar de que todos ellos, aún el más pequeño, poseen un pabellón, un himno y un ejército nacionales, un parlamento, una Constitución y un presidente de república—es sim-

plemente formal. El crédito, el sistema bancario, las finanzas, se hallan bajo el control directo del imperialismo. La industria extractiva y agrícola, el comercio de exportación, los transportes, los servicios públicos, están en manos del capitalismo imperialista o se hallan poderosamente controlados por él. El capital comercial y usurario, determinado por estos factores antecedentes, se mueve forzosamente dentro de la órbita del imperialismo. Y la Deuda Pública, las pesadas hipotecas sobre todas las fuentes presupuestales, el control de los organismos técnicos de la administración pública, completan el cuadro de la dominación económica del imperialismo, en razón directa de la cuál se establece y desarrolla la dominación política. En tales condiciones, la independencia nacional queda reducida a un concepto rutinario y vacío, a una fórmula sin validez efectiva alguna. Todo país que atraviesa una situación semejante es una semicolonias y ésta es precisamente la situación—más o menos agravada—de todas y cada una de las repúblicas latinoamericanas.

Otra de las características fundamentales que distinguen nuestro panorama social, es la supervivencia, dentro de la economía y de las relaciones sociales, del feudalismo y de las formas precapitalistas, y la compleja vinculación de éstas con algunas formas del capitalismo agrícola y mercantil y con las más avanzadas del imperialismo. El sistema y las modalidades capitalistas se han desarrollado y han alcanzado a predominar bajo la invasión imperialista, pero lejos de aniquilar violentamente las anteriores, tratan de utilizarlas y conservarlas en lo posible a fin de obtener la realización de una de las finalidades del capital financiero: impedir el desarrollo de una industria nativa en los países conquistados, de economía rezagada, pues este desarrollo industrial entraña una peligrosa concurrencia para la industria y el comercio de la metrópoli.

Todas las demás diferencias que puedan constatar, de cualquier género que fueren, no forman sino la superestructura de las enunciadas, reposan sobre ellas y constituyen manifestaciones y fenómenos estrictamente determinados por la existencia de estas dos características fundamentales.

El estado semi-colonial de América Latina, la supervivencia del feudalismo, y la vinculación de éste con el imperialismo, dan a todos los problemas latino-americanos un carácter nítidamente internacional. Ninguna interpretación histórica, ninguna teoría social, ninguna política pragmática, son posibles sin abordar primordialmente estos fenómenos básicos y esenciales. Y ellos y las relaciones, formas y factores que determinan son precisamente los que más estrechamente vinculan la realidad de Latinoamérica con la realidad mundial.

El imperialismo no es un fenómeno local, regional o nacional: es una realidad objetiva que envuelve el planeta, que se mueve en un escenario universal y cosmopolita; la característica sustantiva del capital financiero es su rol, su dinamismo mundial. Y el hecho predominante en América Latina es irrefragablemente la supremacía del imperialismo y la dominación del capital financiero. Por otro lado, solo un ignorante calificado puede sostener que América Latina permanecerá aislada en sus luchas o que vá a quedarse sola en la solución de sus propios problemas: todas las insurrecciones burguesas, todas las reacciones y contra-revoluciones feudales, todos los candidatos y caudillos filo-imperialis-

tas, todos los golpes de Estado, han encontrado y seguirán encontrando siempre prestos el apoyo, la instigación, la ayuda material y moral de los imperialismos rivales; del mismo modo que el proletariado y los campesinos, en la lucha por su emancipación, encontrarán en todo instante el concurso del proletariado de todos los países. Ni los destinos del feudalismo y de la burguesía, ni los del proletariado en América Latina son extraños a los destinos y a los intereses de los demás pueblos.

En todo caso, todas las discrepancias constatables no nos impiden aplicar a la interpretación de esta realidad social el método científico aplicado a la realidad europea, asiática o yanqui. Precisamente la complejidad de los fenómenos, la conmixión confusa de hechos, antagonismos y relaciones sociales, no podrán ser nítidamente esclarecidas sino a la luz de un análisis científico, a la luz del materialismo histórico: la lógica no varía al atravesar el océano o al escalar una cordillera; varían las condiciones, las circunstancias, las multitudes, el paisaje, pero como todo éso se mueve, como todo éso es un perenne dinamismo de tesis, antítesis y síntesis, la lógica dialéctica los sigue a través de todos sus avatares, a través de su incesante devenir.

Entre América Latina y Europa o América del Norte hay una diferencia de panorama pero hay sobre todo una identidad consubstancial de devenir. A uno y otro lado impera el régimen capitalista, predomina —bien que en grados diversos— su técnica, su teoría y su sistema y el capital financiero se abre paso, derrumbando los métodos ancestrales. Una interpretación justa de la realidad latino-americana, un enfocamiento pragmático de sus problemas exige abarcarla integralmente, sin superestimar sus diferencias secundarias, sin subestimar su identidad con el resto del mundo contemporáneo. Si todo se mueve y todo lo que se mueve cambia, lo que interesa en esencia es el devenir.
